Dinero y falta de progreso en *La aritmética en el amor* de Alberto Blest Gana

Vicente Gomis-Izquierdo
Indiana University of Pennsylvania

Alberto Blest Gana (1830-1920)[1] es uno de los autores chilenos y latinoamericanos más influyentes, hasta el punto de ser considerado como el introductor del realismo en las letras hispánicas.[2] Aunque ya había publicado otros textos, la primera novela con la que realmente logró notoriedad fue *La aritmética en el amor* (1860), ganadora de un premio literario ese año y calificada por Eliodoro Astorquiza como el origen de la novela chilena (10).

La historia, que tiene lugar en 1858, cuenta las aventuras y desventuras amorosas de Fortunato Esperanzano en Santiago de Chile y en una ciudad de provincia. Fortunato es un estudiante pobre que sobrevive gracias a la generosidad de su tío, don Anselmo, y que intenta procurarse un matrimonio económicamente ventajoso bajo la influencia de su amigo Anastasio. La narración gira en torno a la búsqueda por parte de varios personajes de una boda que pueda producirles un salto en su estrato económico y social. El dinero, por lo tanto, se convierte en un fin y toda la acción se despliega alrededor de su consecución. Ese afán por mejorar se refleja también en la nación, ya que el progreso se convirtió en una de las obsesiones de los diferentes países latinoamericanos tras sus independencias, y Chile no fue la excepción.

En este ensayo se muestra la fijación por el dinero que permea toda la novela y que se traduce en una crítica a la sociedad chilena de la época. Se explica asimismo que la persecución de la fortuna no lleva a alcanzar un verdadero progreso, ni a nivel de los participantes en la ficción ni a nivel nacional. En *La aritmética en el amor*, Blest Gana presenta una sociedad en la que las apariencias priman y los individuos no tienen escrúpulos para obtener de cualquier forma los medios que les permitan vivir regaladamente, pasando por matrimonios de conveniencia, préstamos o el juego como fuentes de ingresos. La obra expone que la gente no actúa de manera útil para su propio

[1] Durante su vida Blest Gana tuvo empleos muy variados: disfrutó de importantes puestos tanto en las letras (fue miembro de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile) como en el ámbito diplomático (fue representante de su patria en varios países, como Estados Unidos, Inglaterra y Francia), además de haber sido militar en su juventud.

[2] Ricardo A. Latcham, por ejemplo, asegura que Blest Gana estudiaba minuciosamente el ámbito en el que situaba a sus protagonistas, adelantándose así al realismo y naturalismo europeos (14).

desarrollo ni el de Chile: trabajar, en el caso de las clases menos afortunadas, o invertir, en el caso de las más privilegiadas.

Como Latcham señala, Blest Gana expresó el desencanto de su entorno aunque no fuera militante socialista (10): tuvo una visión negativa de Chile y de los conflictos y tensiones que presenció en su momento (25). En contraste con Latcham, Guillermo Araya sostiene que Blest Gana "[c]reyó en el liberalismo de su época y en el progreso" (35) y menciona que en su artículo "Lo de antes y lo de ahora" (1859) incluso aseguraba que había quienes demostraban una "completa abnegación de su persona por inclinar la balanza de nuestro destino hacia el lado del progreso" (*El jefe* 179). No obstante, Blest Gana percibía que una de las mayores dificultades para alcanzar al anhelado objetivo era la permanencia de ideas retrógradas que hacían que el desarrollo fuera más lento (*El jefe* 178-179). Además, según Giuseppe Bellini, el sentido moral de Blest Gana lo llevaba también a denunciar que se le diera tanta importancia al dinero (5). Por otra parte, Hernán Poblete Varas advierte que el chileno era un observador nato y que le gustaba mirar con detenimiento las costumbres sociales que luego plasmaba en sus textos (41). Teniendo en cuenta lo anterior y yuxtaponiéndolo al hecho de que el dinero tenía una presencia más que notable y, en muchos aspectos, negativa en la producción del autor,[3] es posible decir que Blest Gana consideraba que la persecución de la fortuna a cualquier precio era una realidad que debía denunciar, como lo hiciera en *La aritmética en el amor*.[4]

El contexto socio-histórico de la novela

La acción ocurre al final de la llamada "década de Montt", que hace referencia a la presidencia de Manuel Montt entre 1851 y 1861. Este periodo fue considerado uno de progreso, con avances en la máquina de vapor, el telégrafo y el ferrocarril (Collier y Sater 73). Paralelamente, había miembros del congreso "who were opposed not only to the government's assisting in the construction of railroads but even to permitting their establishment", aduciendo que acabaría con otros trabajos y que afectaría la tierra usada para la agricultura (Galdames 290-291). Si los mismos políticos que en teoría debían promover la prosperidad nacional se oponían a un adelanto tan básico como las vías férreas, no es de extrañar que Chile no avanzara de manera adecuada. Si bien el telégrafo llegó en los años cincuenta, no funcionaba correctamente debido a la falta de conocimiento tecnológico, de capital e incluso de madera para los postes (Rippy 30). Hay que precisar que "[a]t the end of the 1850s there was a serious recession, . . . exacerbated by the international recession of 1857" (Collier y Sater 75). A la crisis mundial hubo que sumar la caída tanto de la plata como del cobre, y las malas cosechas de 1857 y 1858 (Cariola Sutter y Sunkel 34). Cierto es que la minería y la agricultura crecieron considerablemente, mas el trabajo se realizaba de manera tradicional y no existían adelantos ni en una ni en otra (Collier y Sater 77-83). Todo esto indica que la primera mitad de la presidencia de Montt conoció cierto desarrollo, pero la segunda estuvo marcada por la recesión económica y la

[3] Blest Gana escribió numerosos artículos de costumbres en diferentes periódicos chilenos. Por ejemplo, durante 1862 apareció en *La voz de Chile* una serie llamada "Conversación del sábado", en la que el autor ofrecía su perspectiva sobre los sucesos de la semana y la situación de la sociedad de su país en general.

[4] La idea del dinero como algo negativo no es nuevo: tiene raíces en la tradición cristiana. En la Biblia, el concepto del dinero visto como un elemento negativo cuyo abuso llevará a la perdición aparece en Marcos (10:25) y en Lucas (18:25; 16:19-31).

crisis. En consecuencia, el progreso en Chile fue intermitente durante el siglo XIX (Feliú Cruz 3).

Esta falta de mejoras hizo que se viviera en un ambiente conservador, sin avances reales, lo cual fue advertido y criticado por Blest Gana, quien en su artículo "Lo de antes y lo de ahora" (1859) ponderaba a los comerciantes modernos, rápidos e intrépidos, y al mismo tiempo los censuraba porque "conserva[ba]n los antiguos métodos de comercio, guardándose de emplear en sus personas y en sus tratos otros usos que los conocidos ya de larga fecha y pasados en autoridad de cosa juzgada" (*El jefe* 177). Adicionalmente, en "Los placeres de Santiago" (1859) ironizaba sobre las dificultades para la modernización de Chile al referirse a "esas máquinas que la moderna agricultura, [*sic*] con tan buen éxito emplea en Europa y que, introducidas en nuestro bendito suelo, se deterioran e inutilizan al cabo de muy corto servicio" (*El jefe* 125).[5]

Un sector que sí evolucionó de manera más extensa fue el de los transportes, pero se hizo posible gracias a los esfuerzos e inversiones extranjeros (Collier y Sater 84-85). De hecho, las nuevas líneas de barcos de vapor eran operadas mayoritariamente por compañías foráneas (Johnson 28).[6] Por su parte, las manufacturas inglesas que Chile requería sustituyeron a las españolas después de las guerras de la independencia y dieron lugar a la formación de casas comerciales británicas en las ciudades más importantes del país (Cariola Sutter y Sunkel 24), haciendo patente la presencia de Inglaterra en la economía local. Las inversiones de otras naciones provocaban que los beneficios no se quedaran en el país sudamericano, pero no dejaban de ser necesarias porque "[d]omestic investment capital was not available in quantity. Those with funds to invest favored farms over factories" (Johnson 30), retardando así el crecimiento interior. No es hasta finales del siglo XIX que se empieza a acabar la tierra arable y, como consecuencia, los ricos terratenientes desvían su mirada hacia otras opciones, como el comercio, la industria o el urbanismo (Johnson 75). La década de los años cincuenta fue una época en la que el dinero cobró gran importancia: es verdad que había mucha presencia de oro, plata y cobre, que fueron de curso legal hasta 1860, sin embargo, una gran cantidad de estos metales preciosos acabaron en manos extranjeras (86-87).[7]

El dinero como valor supremo

En ese contexto apareció *La aritmética en el amor*, en la que el dinero es, si no el protagonista principal, uno de ellos, llegando a eclipsar otros valores.[8] Asimismo, en el

[5] Guillermo Feliú Cruz explica que los criollos aceptaban "los progresos de la técnica y de las instituciones con cierta resistencia, pues desconfiaban de toda innovación brusca y precipitada" (5), actitud que contribuía a reforzar la lentitud del progreso en general, manteniendo así las estructuras tradicionales.

[6] Hay que destacar que los movimientos económicos y las mejoras ocurrieron gracias al impulso del comercio europeo que necesitaba materias primas para su cada vez más potente industria (Skidmore y Smith 44).

[7] John J. Johnson también abunda en la importancia del efectivo explicando que, desde 1850 y hasta la Primera Guerra Mundial, existió una obsesión con la economía como solución a todos los problemas de los nuevos países (27).

[8] Algunos críticos han subrayado su relevancia en la obra del literato: Latcham nota que Blest Gana "va a presentar, a menudo, conflictos en que el dinero actúa como fuerza social y se vincula a las posibles alianzas matrimoniales" (13), y Feliú Cruz comenta que la opulencia tenía importancia incluso por encima de la educación (4).

relato se resalta su trascendencia desde el inicio: Fortunato se encuentra en Santiago cursando sus estudios de derecho y, al hablar de él y de su infancia, el narrador menciona que "[l]a humanidad no ha tenido infancia moral. He aquí porqué el mundo se halla tan lejos de realizar el sueño igualitario de algunos locos sensatos. Adán . . . conoció el interés mucho antes de lo que llamamos desprendimiento" (1: 36). Se plantea así una de las grandes lacras de las sociedades decimonónicas latinoamericanas, no solamente de la chilena: la burguesía y la aristocracia del dinero no buscan más que su interés particular, sin importarles el general.[9] Es decir, el ascenso de los individuos de las clases pudientes no se traduce en el de la nación como un todo. Para reafirmar su idea, el narrador continúa:

> En el adelanto material de los pueblos puede observarse un fenómeno moral de muy curiosos detalles: cada paso en la vía del progreso, aumentando ciertas felicidades particulares; se realiza con perjuicio del bien general. Enriqueced á un hombre y añadiréis un egoísta al gran catálogo de ese sinnúmero de idólatras que, creyendo adorar á Dios, no profesan más culto real que el de los pesos fuertes que entalegan. (1: 36-37).

El bien común no es el principal interés de la gente acaudalada; ellos solamente pretenden aumentar su riqueza personal sin importarles el destino del resto de las categorías sociales. El dinero quiere más dinero, y los que lo tienen no se interesan en invertirlo en elementos que puedan propiciar el desarrollo del país, como la industria, sino que lo usan llanamente en producir más efectivo.[10] Aquí coincido con Guillermo Gotschlich Reyes cuando asegura que "esta sociedad chilena no es una sociedad industrializada ni de poderosos comerciantes, . . . por ello el origen y mantención de las fortunas se debe a la especulación" (103). Esa obstinación por acumular caudal sin más derivará en el estancamiento chileno debido a la falta de interés en la utilización provechosa del capital.

Fortunato quiere ser rico, pero la chica de quien está enamorado, Amelia, es hija de un militar retirado sin mucho patrimonio, por lo cual la pareja encuentra dificultades económicas para poder casarse. La joven precisa que la pobreza de su padre, don Diego Almiro, está relacionada con don Anselmo y un negocio en una hacienda en el que entraron juntos. Por ciertas cláusulas del contrato, el padre de Amelia, "al cabo de trabajar doce años en la hacienda, se vió tan pobre como al principiar, mientras D. Anselmo se había enriquecido, sin haber puesto más que el casco del fundo y un capital muy reducido" (1: 81). El único que aumenta sus bienes es don Anselmo, quien ya tenía haberes; entretanto, don Diego continúa siendo igual de pobre, sin que esto le importe al primero. Don Diego representa las categorías sociales más desafortunadas. Si bien es veterano de la Guerra de Independencia de 1810, prácticamente ya no le queda más que el orgullo; "esto y su sueldo de retiro no formaba, como bien puede calcularse, un capital muy envidiable" (1: 76). Su familia debía vivir en la calle Duarte por "el módico precio de los arriendos en aquel barrio distante" (1: 76). Don Diego se había hecho dueño de una tienda en la que "pasaba el día vendiendo á sus parroquianos los artículos de su comercio" (2: 243), y aun así no logra

[9] En *El positivismo y la circunstancia mexicana*, Leopoldo Zea habla del concepto que el positivismo tenía sobre la preocupación que la clase alta debía tener sobre el bienestar común, pero que en la práctica no se daba (220-224). Chile vivía una situación similar: la esfera social que en teoría tenía la obligación de procurar la prosperidad de la patria como conjunto se preocupaba únicamente de su ocio.

[10] También Sergio Villalobos observa que a partir de la Independencia "la acumulación de dinero y capitales pasa a ser un objeto en sí. Se busca la riqueza creadora de riqueza, en un trayecto sin fin" (59).

prosperar ni vivir, si no holgadamente, al menos sin deudas. Este personaje aparece como la encarnación de las clases bajas perjudicadas a favor de las más acomodadas. Como explican Simon Collier y William F. Sater, "[t]he chief beneficiaries of progress were clearly the upper class" (88); el resto de la población no pudo desarrollarse ni crecer, y esto, a su vez, provocaba que Chile no avanzara. En realidad, Collier y Sater concuerdan con Pedro Félix Vicuña, quien ya en 1858 aseguraba que "[e]l abuso de la propiedad y del capital ha extraído del pueblo sus últimos jugos, hasta conducirlo al pauperismo" (VIII).

En *La aritmética en el amor*, el narrador precisa que para conseguir dinero los hombres han de emplear "la constante perseverancia, los acerbos desvelos, las agudezas infinitas, las intriguillas, las humillaciones, las bajezas y las argucias" (1: 102). Es notable que entre todas las acciones nombradas ninguna es el trabajo o las inversiones; todo se convierte en trucos y maquinaciones. La crítica de Blest Gana también está implícita en el uso que se le da a esos fondos. Solamente se menciona ir de tiendas, pero no la colocación del caudal en las mejoras efectivas de la nación; no se gasta en industria, mecanización ni modernización. Anastasio insiste en estos conceptos cuando, durante una conversación con Fortunato, le dice que "[c]uando uno no nace rico, es muy digno de lástima si no aprovecha los medios de que puede disponer para hacer fortuna" (1: 303). El dinero es lo primordial y la forma de obtenerlo no importa; se debe hacer cualquier cosa para amasarlo, actitud muy cercana a la de Maquiavelo y a su idea de que el fin justifica los medios.[11] Al dejar fuera la noción de trabajo productivo o el estudio como recursos de las clases no privilegiadas para adquirir esa fortuna, se asume que los recursos a los que se refiere Anastasio están más relacionados con los que pueden producir bienes materiales sin esfuerzo y a costa de la propia dignidad, si fuera necesario.

Enriquecerse sin trabajar

Para quien deseaba prodigalidad sin tener que trabajar, el Nuevo Mundo parecía ser la mejor opción. Este fue el caso de la familia Mantoverde, originaria de España: uno de sus antepasados "vino á Indias, á esta buena tierra de cucaña: llegó á Chile con más orgullo en el pecho que pesetas en la chupa y fundó la noble casa de Mantoverde, de la que D. Modesto era el último y esclarecido varón" (1: 98). La percepción que se brinda de América en general y de Chile en particular es la de un lugar en el que se puede hacer fortuna sin laborar, basta con ir y coger lo que se quiera; sin embargo, esto traerá únicamente perjuicios para el territorio americano ya que no verá crecer sus naciones a la par de las del resto del mundo. Este continente siempre se consideró tierra de oportunidades y de futuro, pero Blest Gana ofrece el lado más oscuro de esa argumentación: algunas personas se enriquecen sin que ello se refleje en el crecimiento general. El narrador expresa esta crítica al hablar de un rumor que se extiende:

> En las grandes sociedades europeas las noticias políticas y sociales preocupan especialmente á los que juegan en la *bolsa*: aquí, en nuestros círculos americanos, se está jugando siempre á la alta y baja de las reputaciones, de los amores, de las herencias, de las fortunas, de los matrimonios y de los adulterios. Hay corredores sociales así como los hay en el comercio, y

[11] El paralelo entre Maquiavelo y Blest Gana no termina aquí. Patricia Vilches nota que ambos autores critican a quienes hacen ostentación del dinero para ganarse el respeto de los demás, sin tener otros méritos (80-81).

> al ver el empeño con que cada cual comenta, sin piedad, la vida ajena, diríase que la fortuna y bienestar de cada uno dependen exclusivamente de los actos de su vecino. (1: 117-118; énfasis en el original)

América no aparece como un espacio de futuro y progreso, se presenta como un sitio en el que el único comercio que importa es el del cotilleo y el del qué dirán. El uso del lenguaje relacionado con la economía hace que se ponga de manifiesto que el capital más significativo es el de la información sobre los demás, donde el dinero solamente cuenta en tanto que puede heredarse. No hay un léxico económico que hable del comercio de mercancías, de la industria americana ni del desarrollo nacional; el vocabulario de la bolsa, centro neurálgico de inversores, no aparece más que para discutir rumores.

Otro método para conseguir o multiplicar dinero fácilmente es el matrimonio. Fortunato, bajo el tutelaje de su amigo Anastasio, comienza a frecuentar la tertulia de los Mantoverde, una de las más importantes de Santiago. Allí los galanes intentan conquistar el amor de Margarita, ya que "[u]na heredera de gran fortuna es el lote más preciado en la azarosa lotería de la vida. . . . La civilización ha conducido las cosas al punto de hacer que el dinero sea al amor lo que el aire es á la vida animal: una condición indispensable para su existencia" (1: 105-106). En estos círculos no se busca una esposa por amor, ni se intenta cortejar a alguien por uno mismo: el dinero es el centro de todas las operaciones sociales. Se buscan unas nupcias ventajosas que ofrezcan abundancia sin necesidad de esforzarse por ella. La exigencia de mezclar el enlace conyugal con un aspecto lucrativo llega al punto de que Fortunato, siguiendo los consejos de Anastasio, "se espantaba de la idea de asociar su vida pobre con la de aquella niña condenada á la miseria" (1: 156). La boda por afecto que tenía planeada con Amelia es sustituida por la fantasía de pertenecer al grupo privilegiado, los paseos en coche por la Alameda y los palcos en el teatro (1: 141). Esas son las ambiciones de Fortunato: las apariencias y la vida de la alta sociedad.

Para asegurar un buen casamiento, Fortunato y Anastasio hablan de la manera en que se puede ser elegante sin gastar recursos propios, hecho de mayor importancia dentro de una sociedad en la que la moda marca las diferencias de condición.[12] Anastasio afirma que "puedes vestirte sin necesidad de plata. . . . No pagando al sastre. . . . Después, si te casas, pagas y quedas rico" (1: 140). Su cinismo demuestra que la única inversión que importa es la de aparentar para obtener una esposa opulenta, y así seguir simulando y llevar una vida regalada sin hacer nada. Este tipo de comportamiento nefasto queda explicado por Blest Gana al principio de la narración, cuando crea la yuxtaposición entre "amar" y "engañar", y la equipara con la dicotomía "verdad" y "mentira" (1: 10-13). Esta ecuación sirve para poner de manifiesto que el amor puede ser un engaño y que no siempre se ama por las razones más puras; además funciona como uno de los elementos estructuradores del texto. Esto es así debido a la trascendencia que las apariencias tienen para los personajes y, por extensión, para la sociedad contemporánea de Blest Gana, quien de esta manera critica esa tendencia de su tiempo. El escritor reprueba que la mentira y el subterfugio fueran moneda corriente a la hora de alcanzar los objetivos propuestos, en este caso, la riqueza. El embuste es el método que permite comprar la ropa que a su vez posibilita que se pueda continuar

[12] Como expone Manuel Vicuña Urrutia, "desde comienzos del siglo XIX, la moda ha establecido diferencias cada vez mayores entre el estrato alto y el resto de la sociedad" (33).

viviendo del disimulo, que de nuevo sobresale como lo más importante; creándose así un círculo vicioso para hacerse rico sin pagar (Poblete Varas 87-88).

La búsqueda de fortuna en el matrimonio no es un fenómeno exclusivo de la clase media o media baja que procura una subida de nivel, ya que también se da en la clase alta. El narrador aprovecha la descripción de Margarita, la hija mayor de los Mantoverde, para comentar que a su edad, diecinueve años, el marido ideal es el que tiene "gaveta floja en el bolsillo de las finanzas" (1: 101). En su artículo "Algunos matrimonios" (1859), Blest Gana reprochaba que para una chica que iba a casarse lo más importante fuera el lujo (*El jefe* 116), porque el dinero solamente les serviría para desperdiciarlo en banalidades como los paseos y la ropa. En *La aritmética en el amor*, los Mantoverde también quieren que la joven despose a un hombre pudiente. Cuando Amelia le pregunta a Margarita si su madre aprueba sus amores con Fortunato, ella responde que no, y agrega: ". . . me han hablado mucho últimamente de un primo de mi papá que debe venir á Santiago a comprar casa y que es inmensamente rico . . ." (1: 220). El objetivo es amasar cuanto más efectivo mejor, pero sin otra intención que no sea la acumulación. Los motivos nupciales, por lo tanto, "obedecen a las de una clara y calculada transacción comercial" (Gotschlich Reyes 109). A través de este tipo de comparación, el escrito critica un movimiento de dinero que en realidad no producía progreso nacional, a diferencia de las actividades económicas a las que sustituía.[13]

Otra opción que se presenta en el relato para conseguir fortuna es la que surge con la llegada de Carlos Peñalta, un galán santiaguino que "era pobre aunque vivía en el lujo, fenómeno muy común en toda sociedad civilizada que entiende el uso de los naipes" (1: 116). Peñalta tampoco tiene una ocupación que le proporcione un sueldo ni posibilidades de mejorar, sino que adquiere sus fondos jugando a las cartas. De nuevo se sugiere la idea de que el dinero se gana sin esfuerzo, poniendo de manifiesto que el progreso no es la prioridad para este tipo de individuos, sino la consecución de recursos por cualquier medio, con excepción del trabajo. El juego como lacra social y fuente de caudal fácil también se ve en Rafael Gavilán, hombre "como Carlos Peñalta, sin profesión ni bienes al sol, que ostent[a] sin embargo un lujo digno de un millonario y est[á] siempre al cabo de los menores incidentes sociales" (1: 147-148). Estas figuras no tienen oficio ni beneficio, no producen ni ofrecen nada a la patria, son advenedizos que se dedican a vivir regaladamente gracias a lo ganado en el juego y no tienen otro merecimiento personal que el de saber desplumar a los incautos para continuar un tren de vida que Blest Gana considera inmerecido.[14]

---

[13] Esta idea se puede relacionar con el párrafo citado anteriormente sobre el cotilleo y el qué dirán; de la misma forma que los matrimonios suponen transacciones comerciales que reemplazan a las operaciones que no se daban en el ámbito económico, también el intercambio de información sobre los demás aparece como sustituto de dichos trueques.

[14] Fortunato entra en contacto con Peñalta cuando Anastasio lo lleva cierta noche a la casa de un amigo. Después de que Fortunato pierde casi todo su dinero en una partida, Anastasio le recomienda: "no juegues mucho con Carlos Peñalta, porque creo que no juega *limpio*" (1: 151). El hecho de que la palabra "limpio" aparezca en cursivas y de que los adversarios hagan trampas ofrece una visión oscura de una sociedad improductiva y fútil. Aquí se ve nuevamente la presencia del engaño como forma de avance, opuesto a la verdad o la virtud, como se ha explicado con anterioridad en el paradigma "amar-engañar".

En conjunción con esta idea se encuentran las palabras de José Joaquín Vallejo, influyente escritor costumbrista chileno, quien en uno de sus artículos comentaba que al individuo "[s]us méritos suelen . . . elevarle al desempeño en propiedad de algún empleo" (220). Este hecho no se observa en la ficción de Blest Gana, donde las acciones dignas son lo que menos importa, y herramientas como el juego, el matrimonio de conveniencia o las herencias son las que se utilizan para ascender de categoría. Blest Gana critica de esta forma que el mérito individual del que hablaba Vallejo, ese que hubiera podido traer el progreso al país, en realidad no le interesaba a nadie. En la misma línea de ideas, Vicuña ya apuntaba en 1858 que se había elevado el capital a mayor altura que el trabajo, provocando que lo monetario tuviera tanta importancia y que se crearan grandes diferencias sociales (55). Con el dinero como objetivo principal, no sorprende que la gente quisiera alcanzarlo de la manera más fácil y rápida posible, dejando de lado lo que pudiera ser más beneficioso para la nación. Esto fue igualmente censurado por Blest Gana en su artículo "Los empeños" (1864), en el que reprochaba que la gente consiguiera trabajo gracias a sus influencias y no a sus calidades personales (*El jefe* 241-242).

Dinero poco productivo para Chile

En *La aritmética en el amor*, el dinero se despilfarra en lo más superfluo y eso es aplaudido. Fortunato gasta para "rivalizar en lujo y elegancia con los otros jóvenes que aspiraban á la mano de Margarita" (1: 194). Las apariencias cobran importancia suprema y todo lo que se hace es únicamente para pretender que se pertenece a un estrato superior:

> Entre nosotros el *qué dirán* ejerce aún su despótico imperio sobre todo en las clases que se componen de lo que conocemos con el nombre de *buenas familias*, es decir, de la parte aristocrática de la población santiaguina. El *qué dirán* arroja muchas familias de modesta fortuna en el resbaladizo terreno del lujo, campo enemigo de toda economía, teatro de esfuerzos prodigiosos é ignorados por medio de los cuales muchos reducen hasta la mezquindad sus más indispensables necesidades, á trueque de ostentar en los gastos exteriores la prodigalidad de las grandes fortunas; . . . el *qué dirán* nos hace conservar aún muchos restos del antiguo coloniaje, oponiéndose al desarrollo de las nuevas ideas, gloriosas conquistas del siglo, desterradas por la fuerza de ese arraigado temor. (1: 200-201; énfasis en el original)

Se nota nuevamente la dicotomía "amar-engañar": el engaño de las apariencias es el móvil a la clase alta chilena y su capital no se invierte en la modernización (la industria, los transportes, la educación, etc.). En este momento de la narración se puede observar claramente la crítica hacia esa ecuación entre la realidad y la simulación que hacía que los bienes se malgastaran en fatuidades que sólo empobrecían a sus propietarios. La gente deja de usar su haber en las primeras necesidades para poder derrocharlo en la ostentación, lo cual lleva a la ruina de las familias.[15] El hecho de que este fenómeno se relacione con la

[15] Como advierten Collier y Sater, esto era común en la esfera pudiente, en la cual se observaba un exacerbado consumo en fiestas, trajes, muebles y todo tipo de lujos e importaciones (90). Asimismo, Villalobos añade que "fueron las fiestas en los grandes palacios las que exhibieron de la manera más impresionante el boato, la vanidad y la trivialidad de la existencia" (97). Este crítico comenta que, si bien los burgueses se construían enormes mansiones de decoración muy fastuosa para aparentar poder, riqueza y europeísmo (89-97), en realidad no hacían más que imitar la superficie, como la moda o la decoración de los

colonia en la novela, es decir, que se asimile con un régimen obsoleto, explica que otras ideas más progresistas no tomen arraigo localmente; como resultado, se impide que Chile consiga ponerse al nivel de otros países a los que miraba como modelos, como Inglaterra, Francia o Estados Unidos. Gotschlich Reyes indica que la misión del narrador de *La aritmética en el amor* es la de exponer a la sociedad chilena, criticar los comportamientos negativos y quitarle el valor otorgado a la cultura de las apariencias (103). Esto es necesario porque, según explica Vicuña Urrutia, la sociedad chilena de mediados del siglo XIX se basaba excesivamente en la falsedad y la imitación de las clases altas, otorgando al efectivo una importancia desmesurada (35-37). Ya en ese tiempo Vallejo había expuesto este problema; en uno de sus artículos expresaba que el qué dirán en Santiago era cardinal y por eso había que llevar la ropa y el peinado adecuados (220). Si el disimulo y la obsesión con la riqueza tenían tanto ascendente en los contemporáneos de Blest Gana, es lógico que las criticara en sus novelas y en sus artículos, como en "Los remates" (1864), en el que recrimina las subastas por ser lugares donde se gastaba en cosas superfluas sólo por vanidad (*El jefe* 367-368).

Todo esto deriva en una sociedad egoísta en la que sus miembros de alta condición se centran enteramente en su propio entretenimiento, sin considerar que su responsabilidad es la de hacer mejorar la república y no enfocarse exclusivamente en dar banquetes en sus grandes salones o pasearse en los días de fiesta. Jorge Pinto Rodríguez declara que desde antes de la independencia los jóvenes escritores chilenos que emigraban e idealizaban su tierra en lo geográfico eran muy críticos con sus ciudadanos, "asociando sus actitudes y costumbres a defectos que frenaban el progreso y obligaban a la clase dirigente a remediarlos" (170). A decir de Blest Gana en su "Conversación del sábado" del 26 de abril de 1862, "el éxito depende de los llamados a dirigir estas sociedades, y la misión que les cabe es delicada. No existe, es cierto, ninguna ley que regle la marcha que deberán seguir para cumplirla; pero allí está la lógica de los principios, que también es inexorable" (*El jefe* 239). Con estas palabras el escritor manifiesta su opinión sobre el papel de las élites chilenas a la hora de ayudar al avance nacional: no hay "ninguna ley" que los obligue, pero "los principios" dictan, desde su punto de vista, que los que se encuentran en una posición privilegiada deben colaborar en beneficio de Chile. Blest Gana hace un retrato negativo de los más favorecidos al señalar que "[s]us componentes están llenos de vicios y de cobardía, predomina sobre todo el interés económico, el arribismo social y el oportunismo político" (cit. en Araya 47). Se trata de una clase social corrompida por su propia ambición de fortuna y lujo, y por sus propias normas de fatuidad. Por otra parte, Blest Gana hace notar la indolencia de sus compatriotas en "Los placeres de Santiago" (1859), donde asegura que la sociedad chilena es "apática asaz, hasta no interesarse por nada que salve los límites del círculo de la familia", y cae en "el letargo sin fin de su acostumbrada indiferencia" (*El jefe* 126). Con estos juicios el autor recrimina la falta de interés de sus conciudadanos por el ascenso de su propio pueblo, al tiempo que desaprueba que los diferentes estratos sociales mostraran una desidia perjudicial para Chile, indiferencia que se ilustra en *La aritmética en el amor*. El santiaguino extiende su condena a los componentes del gobierno en su "Conversación del sábado" del 5 de julio de 1862 cuando, al hablar sobre el poco trabajo

---

salones, sin que existiera en ellos una auténtica forma de vida perfeccionada como la de las naciones más desarrolladas, donde la industria y la modernización avanzaban a marchas forzadas.

que hacen, decía de ellos que "no dan valor alguno a la expresión yanqui 'el tiempo es plata'. Aunque muy bien puede objetarse que conocen tanto el precio de semejante expresión, que no quieren desperdiciar el tiempo a favor del público interés, cuando puede aprovecharse en el privado" (*El jefe* 321). Es evidente aquí que Blest Gana creía que las capas acomodadas debían encargarse del progreso y bienestar nacionales además de concentrarse en engordar su propia fortuna; por eso llevó sus críticas contra el gobierno y los más privilegiados a sus artículos y novelas, respectivamente.

En la obra, la clase alta que describe Blest Gana no hace nada por el avance patrio; no hay ninguna mención a la industria, al mejoramiento de la educación o a la forma de vida en las ciudades y el campo chilenos. Esto se hace patente cuando, durante la cena ofrecida por don Anselmo en su finca, don Modesto se pone de pie y declara lo siguiente: "Señores, dijo, nuestro país está llamado á desempeñar un rol importante en la escena del mundo y….. [*sic*] su destino debe ser un objeto de constante desvelo para todo buen chileno; por esto yo brindo porque el año entrante nos reunamos en este lugar con igual objeto. He dicho" (1: 267). Detrás del vacío discurso sobre el lugar de Chile en el mundo, don Modesto sólo comenta que el año siguiente deben volver a reunirse en el mismo sitio para poder seguir bebiendo, comiendo y pronunciando palabras vanas. Las pocas ideas sobre el adelanto regional que este grupo social pudiera tener quedan ahogadas por su propio egoísmo y su interés particular en continuar su vida de ocio y lujos. En su artículo de costumbres "Los banquetes patrióticos" (1859), Blest Gana también critica precisamente a quienes brindan sin significado y que al día siguiente "se ríen de los brindis que oyeron o pronunciaron" (*El jefe* 156), a la vez que recrimina que "esas flores caen sin dejar fruto ninguno y sólo queda el árbol para engalanarse al año siguiente con la pompa estéril de un amor patrio de circunstancias" (156). Indudablemente, Blest Gana tenía una visión muy específica sobre quienes asistían a estos banquetes y consideraba que lo único que hacían por la sociedad era pronunciar discursos.[16]

En este contexto, no es sorprendente que se busque el acceso a los bienes materiales a través de créditos tanto en la vida real como en la novela. En esta última, el narrador considera el prestamismo "un azote que aflige á una parte muy considerable de nuestra población compuesta de empleados subalternos en los ramos de la administración nacional y de todas aquellas personas colocadas en cierta esfera social, en la que los gastos precisos exceden el valor de los sueldos ó ganancias" (1: 188). El principal afectado por esta situación es don Diego Almiro, quien toma dinero prestado para mantener a flote sus negocios y después no puede devolvérselo a don Modesto Mantoverde. Este hombre, a pesar de ser rico, no considera siquiera la posibilidad de ofrecerle a don Diego una prórroga para devolver su deuda. Así, la avaricia aparece como una característica de la clase pudiente que no se preocupa de ayudar a que don Diego pueda mantener sus negocios y, por lo tanto, prosperar, porque está dedicada a engordar su propio patrimonio.

[16] Por su parte, Villalobos arguye que las élites chilenas imitaban a las europeas para sentirse parte de una burguesía universal (78-80), y añade que de Francia e Inglaterra adoptaron el lujo y el derroche (84). El problema era que Chile todavía tenía en este periodo restos de la época colonial, con fragmentos de una estructura económica e industrial tradicional, lo cual impedía que el progreso se diera al ritmo deseado para que alcanzara en ese aspecto a los países mencionados. Incluso las mismas personas que habían clamado a favor de la independencia se regalaban ahora en una vida baladí en lugar de utilizar su capital para promover el avance material del Estado.

Este problema también apareció en la economía de Chile a finales de la década de los cincuenta. La crisis económica que se dio en esos años hizo que el gobierno chileno gastara más de lo que ingresaba y, por consiguiente, tuvo que pedir préstamos.[17] Como explican Collier y Sater, "[i]n 1858 Chile took out its first foreign loan in thirty-six years" (76), lo cual entronca con la novela, cuya acción ocurre precisamente en 1858. Este fenómeno hacía que tanto los individuos como las naciones, en este caso Chile, se endeudaran y no pudieran avanzar. Se puede establecer una conexión entre esta situación y la manía por las apariencias. Por ejemplo, Vicuña Urrutia apunta que en el país sudamericano se hacía una ostentación excesiva y se despilfarraba demasiado en ello (42-43). En este mismo sentido, Andre Gunder Frank menciona la crítica que Jean-Gustave Courcelle-Seneuil, asesor del gobierno en asuntos de libre comercio, hacía al hecho de que la clase alta derrochara en casas pomposas, extravagancias y vestidos para sus mujeres (72). La primera consecuencia de esta cultura es la obsesión por el dinero que Blest Gana observaba en su sociedad y plasmaba en sus novelas y, la segunda, es la voluntad destructiva de vivir a crédito y por encima de sus posibilidades, como respuesta al qué dirán.

El concepto del préstamo aparece otra vez en la historia con Fortunato. Cuando se entera de los problemas del padre de Amelia le pide ayuda financiera a su tío sin decirle para qué es, y don Anselmo le da un vale por valor de dos mil pesos.[18] Más adelante, Fortunato recibe una carta de don Diego Almiro en la que le dice: "Mis negocios prosperan, y nunca olvidaré que á ti debo no sólo mi presente bienestar, sino también mi honra y mi tranquilidad . . ." (2: 134). Hay que recordar que don Diego es el único personaje de la novela que progresa siendo un hombre honrado que trabaja para poder vivir. No tiene más ambición que la de procurar un buen futuro para su familia, no está obnubilado por la riqueza ni la imagen exterior, y se dedica a sus negocios para mejorar, sirviendo así de ejemplo de lo que debería ocurrir en el resto del país. Independientemente de la loable actitud de don Diego, la presencia en la narración de los vales hace eco de la realidad financiera de enfrentaba Chile. Un problema mayor radicaba en la naturaleza de las casas de comercio inglesas que controlaban la mayor parte del capital local, expedían créditos, vales e incluso cambiaban moneda (Gunder Frank 71);[19] por tratarse de instituciones foráneas, se propiciaba que los beneficios salieran del país.[20] El hecho de que en el libro

[17] Blest Gana trata esta cuestión en su "Conversación del sábado" del 14 de junio de 1862. Hablando irónicamente de un millón de pesos que el gobierno necesitaba, dice que esta suma se escondía con "el dañado propósito de alarmar al país, al Presidente de la República y [a] los prestamistas de Londres" (*El jefe* 302). De esta forma Blest Gana afirma que el prestamismo es un mal que perjudica también a la nación, sobre todo cuando llega la hora de tener que devolver el empréstito, como le ocurre a don Diego Almiro.

[18] Merece la pena notar que el dinero resulta ser un elemento muy maleable en la obra. Antes de entregar el vale a don Diego, Fortunato falsifica el original porque lo ha perdido jugando a las cartas. Esto expone el valor engañoso del dinero —ya que un documento comercial puede ser falsificado tan fácilmente— y se suma a la condena que lleva a cabo Blest Gana hacia la importancia del mismo.

[19] William P. Glade también habla sobre las casas de crédito extranjeras que muchas veces funcionaban también como bancos. Trata del caso específico de un viajero que fue de Buenos Aires a Santiago y cubrió las necesidades de su travesía mediante letras de crédito expedidas por un mercader inglés (205).

[20] Los primeros ferrocarriles de Chile estaban patrocinados por Inglaterra y Estados Unidos, mientras que los ingenieros eran estadounidenses en su mayoría (Rippy 24-25). De igual forma, las primeras líneas de barcos de vapor conectando Latinoamérica con Europa y Estados Unidos pertenecían a los mismos inversionistas (Rippy 18), quienes también hicieron las contribuciones más importantes al telégrafo (Rippy

exista un vale chileno para un comerciante también chileno pone de manifiesto la crítica a la extranjerización del capital y llama la atención sobre la necesidad de inversiones locales, como se observa con la suma que don Diego recibe y que le permite seguir adelante.

Es interesante constatar que las nociones que Blest Gana tenía sobre todos estos conceptos se reflejaban tanto en su obra narrativa como en sus actividades como hombre público. Blest Gana había sido elegido regidor de la municipalidad de Santiago en 1864 y, en junio de ese mismo año, *El independiente* publicaba su propuesta para ayudar a reducir la deuda de la ciudad:

> Blest Gana proponía que la Municipalidad recabara del Gobierno autorización para emitir hasta $500.000 en billetes que pagarían un 8% de interés anual, interés que la Corporación podría ir reduciendo, con hipoteca de todos los bienes municipales, y un 2% de amortización. El autor de la proposición estaba persuadido de que ella era ventajosa para la Municipalidad porque le permitiría cancelar sus deudas, y para el público, que en esos billetes encontraría "una colocación para sus capitales, al abrigo de eventualidades que en el giro del comercio amenazan". (Silva Castro 51)

Es posible ver la conexión entre las ideas de Blest Gana y la situación de don Diego Almiro en relación con Fortunato y su tío. Fortunato, a través del vale, y más tarde don Anselmo por su recuperada amistad con don Diego, compran la deuda de éste, quien a partir de entonces es capaz de avanzar gracias a su trabajo. De la misma manera, Blest Gana esperaba que la municipalidad de Santiago floreciera y saliera de su déficit gracias a la compra de su deuda por parte del público. Aunque la "colocación" de capitales de la que habla el autor se da de forma conservadora, se puede observar su apreciación positiva de los vales ya que, usados de manera correcta, serían útiles al adelanto de los individuos y los gobiernos, pero incorrectamente aplicados en la búsqueda de lo superfluo y la vida placentera no llevarían a la consecución de ningún objetivo ventajoso. Además, los beneficios serían para el territorio chileno, sin perderlos a favor de los financieros extranjeros. Confluyen aquí los dos elementos que harán posible la prosperidad: por un lado, la inversión por parte de los detentores del capital (don Anselmo) y, por otro lado, el trabajo de los que lo reciben (don Diego) y que no dejan que sea improductivo.

Ciertamente, Blest Gana tiene una visión negativa de los préstamos, pero positiva de las inversiones. De ahí que, como se ha señalado, critique en la novela a los prestamistas y en las páginas de sus "Conversaciones del sábado" censure los créditos de origen exterior. El autor se muestra a favor de la colocación estratégica de caudales sobre todo cuando se trata de dinero chileno que repercute en el florecimiento local. Esto se ilustra con el éxito de la inversión de Fortunato en don Diego. En la vida real, Blest Gana formuló su apoyo en su "Conversación del sábado" del 14 de junio de 1862, argumentando a favor de la idea del

---

33). Por su parte, Gunder Frank aclara que en Chile faltaba capital porque la monopolización de su comercio por parte de otras naciones lo había dejado sin él (59). Según este crítico, la presencia de capital inglés era tan fuerte que los acuerdos de libre comercio con Inglaterra eran beneficiosos sólo para los británicos (67-69). Vicuña ya había identificado este problema en 1858, por lo que propuso la creación de un banco nacional que organizara el sistema crediticio doméstico con la finalidad de que se ofrecieran créditos industriales a bajo interés y se incentivara la industria (12). De esta forma, Vicuña proyectaba que el movimiento de dinero sí produciría una evolución nacional importante. En su "Conversación del sábado" del 26 de abril de 1862, Blest Gana también defendía que los gobiernos debían "fomentar con empeño la industria nacional" (*El jefe* 239).

senado de crear un banco nacional que pusiera coto a la usura y que ayudara al crecimiento industrial chileno mediante las inversiones (*El jefe* 302-303).[21]

La ambición de fortuna es castigada en el relato por ser la forma incorrecta de prosperar. Cuando don Anselmo fallece y se conoce su testamento, Julia, su esposa por conveniencia, no recibe nada, lo cual sirve de sanción por su ambición desmedida y por haberse casado sólo por interés. En este punto es necesario mencionar una paradoja con relación al destino de Fortunato. Don Anselmo sí invierte en Fortunato, ya que mantiene al joven y le costea los estudios en Santiago, con lo cual se puede pensar que, efectivamente, don Anselmo procura el progreso nacional a través del bienestar de un agente que lo pueda llevar a cabo: su sobrino. Sin embargo, cuando Fortunato sucumbe a la cultura de las apariencias cae en la tentación del matrimonio por interés y se olvida de su cariño hacia Amelia, pasando a formar parte del paradigma "amar-engañar". Contradictoriamente, Fortunato termina siendo el móvil del progreso de don Diego, además de acabar heredando la fortuna de don Anselmo y unido a Amelia. Este contrasentido se esclarece si se considera que Fortunato funciona como un ejemplo. Es un joven de provincia que probablemente no hubiera podido alcanzar la posición que consigue si no hubiera sido por su relación familiar con don Anselmo. Antes de lograr la anhelada posición económica y el amor, Fortunato transita por dos etapas diferentes: por un lado, experimenta el egoísmo, engaño y disimulo que no procuran el bienestar de nadie más que de sí mismo; más adelante, pasa por el altruismo en el que propicia el avance de don Diego por medio de su dedicación financiera. De esta manera, las fases por las que atraviesa Fortunato actúan como alegoría de la falta de inversión y el despilfarro absurdo y, al mismo tiempo, del sentido común y de destinar los recursos a una causa de mejora nacional. El dinero, en su vertiente de malgasto, aparece como un obstáculo al progreso, pero en su vertiente de inversión, se presenta como la solución a ese problema.

Así, Blest Gana describe una sociedad en la que el interés crematístico se impone a cualquier otro, en la que las élites sólo piensan en producir más dinero sin plantearse la necesidad de emplearlo en la industria o el desarrollo en la minería para que la prosperidad chilena fuera general y no sólo particular. El dinero como protagonista del texto hace que salgan a la palestra los defectos de un momento histórico de Chile durante el cual los capitales extranjeros eran mayoría en esa hora crucial de desarrollar el país. En la "Conversación del sábado" del 19 de abril de 1862, el escritor se quejaba de que los europeos se habían apoderado de las economías americanas, haciendo referencia específica a México y Uruguay (*El jefe* 225-226). En la del 5 de julio del mismo año, lamentaba que ninguno hubiera "encontrado la manera de combatir la crisis económica" sin traer "empréstitos extranjeros" de Inglaterra (*El jefe* 319). Lo cual, a su vez, provocaba que la nación chilena se viera cada vez más atrasada y no prosperara en realidad hasta prácticamente el final del siglo XIX. Blest Gana plasma en las páginas de *La aritmética en el amor* un Chile en el que las clases sociales no se preocupaban de mejorar el país ni se interesaban en las actividades que de verdad podrían ayudar a su adelanto: el trabajo, para las clases bajas, y las inversiones en la industria y la modernización, para las altas. Blest

[21] La crítica del agio es perceptible en la narración cuando don Diego se lamenta sobre sus deudas y declara que "para prorrogar un plazo es preciso aumentar los intereses" (1: 154).

Gana, buen conocedor de su patria y sus problemas, representó todas estas actitudes en sus novelas, tanto en la que nos ocupa como en *Martín Rivas*, que apareció al año siguiente; de esa manera, llamaba la atención sobre las lacras que plagaban la sociedad chilena y que impedían que Chile pudiera ponerse al nivel de las demás naciones avanzadas.

Obras citadas

Araya, Guillermo. "Historia y sociedad en la obra de Alberto Blest Gana". *Revista de crítica literaria latinoamericana* 7.14 (1981): 29-64. Impreso.

Astorquiza, Eliodoro. "Don Alberto Blest Gana". Universidad de Concepción. *Cien años de la novela chilena*. Concepción: Ediciones Revista Atenea, 1961. 5-26. Impreso.

Bellini, Giuseppe. "Alberto Blest Gana, historiador de Chile". *Rassegna iberistica* 31 (1988): 3-17. Impreso.

Blest Gana, Alberto. *El jefe de la familia*. Santiago: Zig-Zag, 1956. Impreso.

---. *La aritmética en el amor*. 3ª ed. 2 vols. México D.F.: Librería de la viuda de Ch. Bouret, 1897. Impreso.

Cariola Sutter, Carmen, y Osvaldo Sunkel. *Un siglo de historia económica de Chile: 1830-1930*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1982. Impreso.

Collier, Simon, y William F. Sater. *A History of Chile, 1808-1994*. Cambridge: Cambridge UP, 1996. Impreso.

Feliú Cruz, Guillermo. *La abolición de la esclavitud en Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1973. Impreso.

Galdames, Luis. *A History of Chile*. Trad. Isaac Joslin Cox. Nueva York: Russell, 1964. Impreso.

Glade, William P. *The Latin American Economies*. Nueva York: American Book, 1969. Impreso.

Gotschlich Reyes, Guillermo. "*La aritmética en el amor* de Alberto Blest Gana". *Revista chilena de literatura* 18 (1981): 95-119. Impreso.

Gunder Frank, Andre. *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*. Nueva York: Monthly Review, 1967. Impreso.

Johnson, John J. *Political Change in Latin America: The Emmergence of the Middle Sectors*. Stanford: Stanford UP, 1965. Impreso.

Latcham, Ricardo A. *Blest Gana y la novela realista*. Santiago: Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, 1958. Impreso.

Pinto Rodríguez, Jorge. "Proyectos de la élite chilena del siglo XIX (I)". *Alpha* 26 (2008): 167-189. Electrónico. 23 dic. 2012.

Poblete Varas, Hernán. *Alberto Blest Gana y su obra*. Santiago: Pehuén, 1995. Impreso.

Rippy, J. Fred. *Latin America and the Industrial Age*. Nueva York: Putnam, 1947. Impreso.

Silva Castro, Raúl. *Alberto Blest Gana*. Santiago: Zig-Zag, 1955. Impreso.

Skidmore, Thomas E., y Peter H. Smith. *Modern Latin America*. Nueva York: Oxford UP, 1984. Impreso.

Vallejo, José Joaquín. *Artículos y estudios de costumbres chilenas*. Santiago, 1885. Impreso.

Vicuña, Pedro Félix. *El porvenir del hombre*. Valparaíso, 1858. *Google Book Search*. Electrónico. 23 dic. 2012.

Vicuña Urrutia, Manuel. *El París americano: La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*. Santiago: Universidad Finis Terrae, 1996. Impreso.

Vilches, Patricia. "*Martín Rivas*, Maquiavelo y masculinidad decimonónica chilena". *Anales de la literatura chilena* 13 (2010): 69-88. Impreso.

Villalobos, Sergio. *Origen y ascenso de la burguesía chilena*. Santiago: Editorial Universitaria, 1987. Impreso.

Zea, Leopoldo. *El positivismo y la circunstancia mexicana*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1997. Impreso.